

Esta es una pequeña muestra
del libro *La búsqueda de la santidad*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Este clásico todavía provoca que uno piense, ore, sea honesto con Dios, se arrepienta y encuentre gozo en una sabia obediencia, de una forma más efectiva que cualquier otro libro que conozco. Lo recomiendo ampliamente”.

— **J. I. Packer**, fue profesor de teología en la Universidad de Regent; autor de *Conocer a Dios*

“*La búsqueda de la santidad* merece seriamente ser considerado como un clásico moderno. Jerry Bridges disipa algunos conceptos erróneos al mismo tiempo que motiva a los lectores a una pasión por la verdadera santidad. Ciertamente este es uno de los libros más importantes de los últimos 50 años”.

— **John MacArthur**, pastor de Grace Community Church

“Cuando Jerry Bridges habla, yo escucho. Su enseñanza sobre la santidad no es un ejercicio de lo abstracto; es una expresión de la pasión que se ha apoderado de su vida y ministerio”.

— **R. C. Sproul**, fundador de Ligonier Ministries;
autor de *La santidad de Dios*

“Creo que este es un clásico moderno. Pocos libros han tenido la influencia que este ha tenido en mí”.

— **Charles Colson**, fue fundador de Prison Fellowship Ministries

“El precio que Jerry Bridges ha tenido que pagar por buscar la santidad no ha sido pequeño. Su dolor ha sido nuestra ganancia. Me regocijo en la edición del 25 aniversario del libro, el cual ha abierto el corazón de Jerry para que la iglesia de Cristo pueda ver la hermosura de la santidad y aprender a vivir para la gloria de Dios”.

— **John Piper**, fue pastor de Bethlehem Baptist Church; autor de *Providencia y Viviendo en la luz: dinero, sexo & poder*

La BÚSQUEDA de la SANTIDAD

La
BÚSQUEDA
de la
SANTIDAD

JERRY BRIDGES

Mientras lees, comparte con otros en redes usando:

#LaBúsquedaDeLaSantidad

La búsqueda de la santidad

Jerry Bridges

© 2024 por Poiema Publicaciones

Traducido y publicado con su debido permiso del libro *The Pursuit of Holiness* © 1978, 1996, 2006 por NavPress en alianza con Tyndale House Publishers, Inc.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005, por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-97-3

SDG

*A Lorne C. Sanny cuya vida me ha servido de ejemplo,
durante más de veinte años, en mi propia carrera en
búsqueda de la santidad.*

CONTENIDO

Prólogo xi

Prefacio xiii

1. La santidad es para ti. Romanos 6:14 1
2. La santidad de Dios. 1 Pedro 1:15-16 9
3. La santidad no es una opción. Hebreos 12:14 19
4. La santidad de Cristo. 2 Corintios 5:21 29
5. El cambio de reinos. Romanos 6:6-7 37
6. La lucha por la santidad. Romanos 7:21 47
7. Ayuda para la lucha diaria. Romanos 6:11 55
8. Obedecer, más que triunfar. Romanos 8:13 67
9. Hacer morir el pecado. Colosenses 3:5 73
10. El lugar de la disciplina personal. 1 Timoteo 4:7 85
11. La santidad del cuerpo. 1 Corintios 9:27 97
12. La santidad del espíritu. 2 Corintios 7:1 105
13. La santidad y la voluntad. Filipenses 2:13 113
14. Hábitos de santidad. Romanos 6:19 121
15. La santidad y la fe. Hebreos 11:8 127
16. La santidad en un mundo impío. Juan 17:15 135
17. El gozo que produce la santidad. Romanos 14:17 143

Palabras finales 149

Notas 151

GUÍA DE ESTUDIO COMPLEMENTARIA

Descarga la guía de estudio escaneando el QR o
copiando este link: www.poiema.co/estudiobdls



PRÓLOGO

Jerry Bridges ha dado al mundo uno de los tratados más incisivos, atractivos y conmovedores de la conciencia en cuanto al tema de la santidad según las Escrituras. Sin lugar a duda, el Señor le permitió a Su siervo preparar una obra que hará un profundo impacto en la vida de las innumerables personas que la lean.

El tema dominante de este emocionante estudio, es la necesidad de que los creyentes busquen crecer en la senda de la santidad, la que solo Dios, cuya santidad el autor tiene siempre presente con espíritu de gratitud, puede hacer posible. *Buscar* es la palabra clave que el autor, cuya búsqueda personal ha sido larga e intensa, repite constantemente.

En la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, Thomas Jefferson declaró que uno de los derechos inherentes e inseparable del hombre es la “búsqueda de la felicidad”. El que profesa ser creyente tiene que comprender que el deseo y las demandas preeminentes de Dios para los Suyos es la permanente búsqueda de la santidad y el reflejo de Su propia santidad: “Sean santos, porque Yo soy Santo” (1P 1:16).

Hace más de cien años, William Blake¹ propuso que los lectores “se quitaran la santidad y que se pusieran el intelecto”. Pero, divorciado de la santidad divina, el intelecto es como un barco sin

LA BÚSQUEDA DE LA SANTIDAD

capitán, condenado a naufragar. En nuestra búsqueda de la santidad, la oración que siempre debe brotar de nuestro corazón es esta:

Que mis labios al hablar, hablen solo de Tu amor;
Y mi mente y su poder sean usados en Tu honor.²

Es por eso, que quiero recomendar afectuosamente este convincente análisis sobre el tema de la santidad práctica, en la cual el autor demuestra plenamente que toda la vida debe estar impregnada de la santidad que el Dios tres veces Santo puede impartir.

Dr. Herbert Lockyer, Sr.

PREFACIO

El granjero ara su campo, siembra la semilla, fertiliza y cultiva, siempre consciente que, en última instancia, depende por completo de fuerzas externas a sí mismo. Sabe que no puede hacer germinar la semilla, como tampoco puede producir el sol y la lluvia necesaria para lograr el crecimiento y obtener la cosecha. Que la cosecha sea exitosa depende de que Dios provea lo que se necesita.

Y, sin embargo, el granjero sabe que, a menos que se dedique diligentemente a cumplir su parte, que consiste en arar, sembrar, fertilizar y cultivar, no puede esperar una cosecha en el tiempo de las cosechas. En cierto sentido, el granjero está en sociedad con Dios y solo obtendrá los beneficios que espera si cumple la responsabilidad que le corresponde.

La actividad agrícola es un trabajo conjunto entre Dios y el granjero. El granjero no puede hacer lo que Dios tiene que hacer y Dios no hará lo que le corresponde hacer al granjero.

Del mismo modo, podemos decir que la búsqueda de la santidad es una actividad conjunta entre Dios y el creyente. Nadie puede lograr ni siquiera un poco de santidad si Dios no obra en su vida; pero, de igual manera, la santidad no es posible si el creyente no se esfuerza. Dios ha dispuesto las cosas de modo que sea

posible andar en santidad. Pero nos ha dado la responsabilidad de hacer la parte práctica; la cual no hará Dios.

A los creyentes nos encanta hablar de lo que Dios ha hecho: la forma en la que Cristo venció al pecado en la cruz y nos dio al Espíritu Santo para que nos proporcione el poder necesario para vencer el pecado. Pero no estamos tan dispuestos a hablar de la responsabilidad que tenemos de andar en santidad. Podemos dar dos razones principales de por qué esto es así.

Primero, simplemente somos hostiles a aceptar la responsabilidad que nos corresponde. Preferiríamos dejarle eso a Dios. Oramos para salir victoriosos, cuando sabemos que deberíamos dedicarnos a obedecer.

La segunda razón es que no entendemos la distinción que hay entre lo que ha hecho Dios y nuestra propia responsabilidad en cuanto a la santidad. Durante muchos años estuve luchando con la siguiente pregunta: “¿Qué es lo que tengo que hacer y qué es lo que tengo que dejar que haga Dios?”. Entonces, comprendí lo que enseña la Biblia sobre el tema, y luego asumí la responsabilidad que me correspondía, y comencé a progresar en mi “búsqueda de la santidad”.

El título de este libro surge del mandamiento bíblico que dice: “Busquen... la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb 12:14). La palabra *busquen* sugiere dos ideas: primero, que se requiere diligencia y esfuerzo; segundo, que se trata de una tarea que dura toda la vida. Estas dos ideas forman un tema doble a lo largo del presente libro. A la vez que procuro presentar de una forma clara y acertada la provisión de Dios para nuestra santidad, he profundizado en la responsabilidad que nos corresponde, pues pienso que es este aspecto el que requiere mayor atención entre los creyentes de hoy. Al mismo tiempo, enfatizo

que la santidad es un proceso, algo que jamás alcanzamos completamente en esta vida. Pues, a medida que somos transformados según la voluntad de Dios en determinado aspecto de la vida, nos damos cuenta que Él nos comienza a revelar nuestra necesidad de crecimiento en otra área. Es por esto que la búsqueda de la santidad se prolonga a lo largo de la vida terrenal, sin que logremos alcanzarla plenamente.

Además de mi propio estudio personal de la Biblia sobre el tema de la santidad, me han beneficiado grandemente los escritos de los puritanos (y de los que han seguido esa escuela de pensamiento) sobre el tema de la santidad. En numerosas oportunidades cito directamente dichas fuentes. En otros casos, las frases utilizadas por ellos se han convertido en mi propia manera de expresarme. Esto es así particularmente en lo que respecta a John Owen y el doctor D. Martyn Lloyd-Jones, de Londres, Inglaterra, los escritos de ambos sobre el tema han sido de incalculable beneficio para mi propia vida.

No pretendo dominar todo lo que se puede saber sobre el tema, como tampoco puedo decir que haya hechos grandes progresos personalmente. De hecho, hubo ocasiones en las que, mientras escribía este libro, tuve que aplicar los conceptos que aquí presento a mi propia vida en primer lugar. Pero lo que he descubierto, me ha resultado de incalculable ayuda en mi propio camino en búsqueda de la santidad y confío en que lo será también para todo el que lea esta obra.

Para explorar más a fondo los principios bíblicos de la santidad, que estudié al escribir este libro, animo al lector a trabajar con la guía de estudio que aparece al final de este libro.

LA BÚSQUEDA DE LA SANTIDAD

Finalmente, quiero agradecer a la señora Peggy Sharp y a la señorita Linda Dicks, quienes pacientemente, transcribieron repetidas veces los diversos borradores de este escrito.

LA SANTIDAD ES PARA TI

*Porque el pecado no tendrá dominio sobre ustedes,
pues no están bajo la ley sino bajo la gracia.*

ROMANOS 6:14

El ensordecedor timbre del teléfono rompió el silencio de una hermosa mañana en Colorado. Al otro lado del teléfono hablaba una de esas personas difíciles, que Dios parece haber esparcido por este mundo con el fin de probar la gracia y paciencia de Sus hijos.

El hombre estaba en una actitud insuperable: arrogante, impaciente, exigente. Colgué el teléfono sintiéndome furioso, resentido y, probablemente, con odio. Tomando mi abrigo, salí al aire frío con el objetivo de recuperar la calma. La tranquilidad de mi alma, tan celosamente cultivada en mí durante mi “tiempo a solas” con Dios esa mañana, quedó hecha pedazos y en su lugar surgió dentro de mí un efervescente y volátil volcán emocional.

A medida que me calmaba, el enojo se transformó en un gran desánimo. Eran apenas las 8:30 de la mañana y ya se había dañado mi día. No solo me sentía desalentado, sino también confundido. Apenas dos horas antes había leído una contundente afirmación de Pablo que decía: “Porque el pecado no tendrá dominio sobre ustedes, pues no están bajo la ley sino bajo la gracia” (Ro 6:14). Pero, a pesar de esta hermosa promesa de

victoria sobre el pecado, allí me encontraba yo, aprisionado por las tensionadas garras de la ira y del resentimiento.

“¿Verdaderamente tendrá la Biblia respuestas para la vida real?”, me pregunté esa mañana. Con toda mi alma anhelaba vivir una vida de obediencia y de santidad; sin embargo, había sido completamente derrotado por una sola llamada telefónica.

Es posible que este incidente sea algo familiar para ti. Es probable que las circunstancias fueran diferentes, pero tu reacción fue parecida. Tal vez tu problema haya sido enojo con tus hijos, un problema en el trabajo, un hábito inmoral del que no puedes librarte o, tal vez, varios “pecados persistentes” que te acosan día y noche. Cualquiera que sea nuestro problema en particular con relación al pecado, la Biblia tiene la respuesta. Hay esperanza. Tú y yo podemos caminar en obediencia a la Palabra de Dios y vivir una vida de santidad. Más aún, como veremos en el próximo capítulo, Dios espera que todo creyente viva una vida santa. Pero la santidad no es solamente algo que se espera de nosotros; sino que forma parte de un derecho de nacimiento prometido a cada creyente.

La afirmación de Pablo es verdadera. El pecado no debe dominarnos.

El concepto de la santidad puede resultar antiguo para la generación actual. En algunas personas, la sola mención de la palabra *santidad* trae a la mente imágenes del cabello recogido, faldas largas y medias negras. Otras personas asocian el concepto con una actitud arrogante que expresa la idea de que “yo soy más santo que tú”. A pesar de esto, la santidad surge de un principio claramente bíblico. La palabra *santo* aparece más de seiscientas veces en la Biblia en diversas formas. Hay un libro entero, Levítico, que está dedicado al tema, y la idea de la santidad está

entretrejida en otras partes de las Escrituras. Y lo que es más importante todavía, Dios nos ha mandado explícitamente que seamos santos (Lv 11:44).

La idea de cómo llegar exactamente a ser santo ha tenido variaciones como consecuencia de numerosos conceptos falsos. En algunos círculos, la santidad equivale a tener una serie de prohibiciones, generalmente en asuntos tales como el cigarrillo, la bebida y el baile. La lista de prohibiciones varía según el grupo. Cuando seguimos este enfoque para alcanzar la santidad, corremos el peligro de volvernos como los fariseos, con su interminable lista de lo que sí y lo que no se puede hacer, y su actitud de autojustificación. Para otros, la santidad significa una forma específica de vestirse y de actuar. Y aún para otros, significa una perfección inalcanzable, una idea que lleva, ya sea al auto engaño o al desaliento en cuanto a su propio pecado.

Todas estas ideas, si bien son correctas en cierta medida, pierden de vista el concepto central. Ser santos significa ser moralmente intachables.¹ Es estar apartados del pecado y, por consiguiente, estar consagrados a Dios. De hecho, la palabra santo significa “apartado o consagrado para Dios, y la conducta que corresponde a dicha consagración”.²

Tal vez el mejor modo de comprender la idea de la santidad consiste en observar cómo usaban esta palabra los escritores del Nuevo Testamento. En 1 Tesalonicenses 4:3-7, Pablo usó el término en contraste a una vida de inmoralidad y de inmundicia. Pedro lo usó en contraste con una vida de acomodamiento a los deseos pecaminosos que teníamos cuando vivíamos alejados de Cristo (1P 1:14-16). Juan contrastó al que es santo con el que es impuro y hace lo malo (Ap 22:11). Vivir una vida santa, por lo tanto, es vivir una vida conforme a los mandatos morales de

la Biblia y en contra del andar pecaminoso del mundo. Es vivir una vida que se caracteriza por “[despojarnos] del viejo hombre, que se corrompe según los deseos engañosos... y [vestirnos] del nuevo hombre, el cual, en la semejanza de Dios, ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad” (Ef 4:22, 24).

Entonces, si la santidad es tan fundamental para la vida cristiana, ¿por qué no la experimentamos en mayor medida en la vida diaria? ¿Por qué son tantos los creyentes que se sienten constantemente derrotados en su lucha contra el pecado? ¿Por qué a menudo la iglesia de Jesucristo parece asemejarse más al mundo que la rodea que a Dios?

Bajo el riesgo de parecer extremadamente simplistas, las respuestas a esas preguntas pueden ser agrupadas en tres problemas básicos.

El primer problema es que *nuestra actitud hacia el pecado se centra en nosotros mismos más que en Dios*. Nos preocupa más nuestra propia “victoria” sobre el pecado, que el hecho de que nuestro pecado entristece el corazón de Dios. No podemos tolerar el fracaso de nuestra lucha con el pecado, principalmente, porque nuestra vida está orientada hacia el éxito, y no porque sepamos que el pecado ofende a Dios.

W. S. Plumer escribió: “Jamás veremos el pecado como corresponde, mientras no lo veamos como algo cometido contra Dios... Todo pecado que se comete, se comete en contra de Dios en el sentido en que es la ley de Dios la que se quebranta, que es Su autoridad la que se menosprecia, que es Su dominio el que se desestima... Faraón y Balaam, Saúl y Judas, todos ellos dijeron: ‘He pecado’; pero el hijo pródigo volvió diciendo: ‘He pecado *contra el cielo* y contra ti’; y David exclamó: ‘Contra Ti, contra Ti solo he pecado’”.³

Dios quiere que andemos en el camino de la *obediencia*, no en el de la victoria. La obediencia está orientada hacia Dios; la victoria está orientada hacia nosotros mismos. Podría parecer que estamos haciendo discusiones insignificantes sobre la semántica, pero la raíz de muchos de nuestros problemas relacionados con el pecado es una sutil actitud egoísta. Mientras no reconozcamos la existencia de esa actitud y no la resolvamos adecuadamente, no podremos vivir una vida de santidad consistente.

Esto no quiere decir que Dios no quiere que conozcamos la experiencia de la victoria; significa que la victoria es un producto derivado de la obediencia. En la medida en que nos dediquemos a vivir una vida obediente y santa, conoceremos con toda seguridad el gozo de la victoria sobre el pecado.

El *segundo* problema consiste en que *mal interpretamos la frase* “[vivir] por la fe” (Ga 2:20), suponiendo que significa que no se nos exige ningún esfuerzo para alcanzar la santidad. De hecho, hemos llegado a sugerir que cualquier esfuerzo de nuestra parte viene de “la carne”.

Las palabras de J. C. Ryle, obispo de Liverpool, Inglaterra, de 1880 a 1900, son instructivas en este contexto:

¿Resulta sabio proclamar de modo tan directo, manifiesto y total, como lo hacen muchos, que la santidad de la persona convertida se logra solo por la fe, y de ningún modo mediante el esfuerzo personal? ¿Es lo que la Palabra de Dios enseña? Lo dudo. Que la fe en Cristo es la raíz de toda santidad... ningún creyente suficientemente instruido se atrevería a negarlo jamás. Sin embargo, no cabe duda de que las Escrituras nos enseñan que, al

procurar la santidad, el creyente verdadero tiene que esforzarse y trabajar, además de ejercitar su fe.⁴

Tenemos que enfrentar el hecho de que somos personalmente responsables de nuestro andar en santidad. Cierta domingo, el pastor de nuestra congregación dijo en su sermón palabras equivalentes a estas: “Podemos eliminar ese hábito que nos ha dominado si es que realmente queremos hacerlo”. Él se refería a un hábito en particular que para mí no constituía problema alguno, rápidamente afirmé mentalmente a sus palabras. Pero luego el Espíritu Santo me dijo: “Tú también puedes eliminar los hábitos pecaminosos que te acosan, si estás dispuesto a aceptar tu responsabilidad personal por ellos”. El hecho de reconocer que, efectivamente, era mi responsabilidad, resultó ser un jalón de orejas para mí en mi propia búsqueda de la santidad.

El *tercer* problema es que *no tomamos en serio algunos pecados*. Mentalmente hemos categorizado a los pecados en dos grupos: los que son inaceptables y los que podemos tolerar en alguna medida. Un incidente que ocurrió cuando estaba terminando de escribir este libro sirve de ilustración para este problema. Nuestra oficina estaba usando una casa rodante como oficina temporal, mientras se terminaba de construir una ampliación. La propiedad que tenemos no está autorizada para alojar casas rodantes, y, en consecuencia, tuvimos que solicitar un permiso para usarla en la propiedad. Hubo que renovar el permiso varias veces. El último permiso venció justamente cuando se estaba completando la ampliación del edificio, pero antes de que tuviéramos tiempo de hacer el traslado en forma ordenada. Esto precipitó una crisis para el departamento que utilizaba la casa rodante.

En una reunión se consideró el problema, alguien hizo la siguiente pregunta: “¿Qué pasaría si el departamento se quedara unos días más en la casa rodante?”. Pues, ¿qué diferencia haría esto? Después de todo, la casa rodante estaba ubicada detrás de algunas colinas donde nadie la notaría. Y legalmente, no teníamos que trasladar la casa rodante, sino solamente desocuparla. De modo que, ¿qué diferencia habría si nos extendíamos por unos días más? ¿Acaso la insistencia en obedecer la ley al pie de la letra no equivale a un legalismo exagerado?

Sin embargo, las Escrituras nos dicen que “las zorras pequeñas” son las “que arruinan las viñas” (Cnt 2:15). Y es justamente el ceder en las cosas pequeñas lo que conduce a los deslices más grandes. Además, ¿Quién puede decir que ignorar ligeramente la ley civil no constituye un pecado serio ante los ojos de Dios?

Al comentar algunas de las leyes más minuciosas del Antiguo Testamento, dadas por Dios a los hijos de Israel, Andrew Bonar expresó lo siguiente:

No es la importancia del asunto, sino la majestad del Legislador, lo que debe tomarse como norma para la obediencia... Algunos, de hecho, podrían considerar que estas reglas minuciosas y arbitrarias no tienen importancia. Pero el principio primordial que está en juego al obedecer o desobedecer dichas reglas es el siguiente: ¿debemos obedecer al Señor absolutamente en *todo* lo que manda? ¿Es Dios un legislador santo? ¿Están Sus criaturas obligadas a asentir implícitamente a Su voluntad?⁵

¿Estamos dispuestos a considerar que el pecado es “pecado”, no porque sea grande o pequeño, sino porque lo prohíbe la ley

de Dios? No podemos categorizar el pecado si vamos a vivir una vida santa. Dios no permitirá que nos salgamos por la tangente adoptando una actitud de este tipo.

Los tres problemas enumerados serán examinados más detalladamente en los próximos capítulos. Pero, antes de continuar, sugiero que dediques el tiempo necesario ahora mismo para resolver estos asuntos en tu propio corazón. ¿Estás dispuesto a considerar al pecado como la ofensa contra un Dios santo, en lugar de verlo como una derrota personal solamente? ¿Estás dispuesto a aceptar la responsabilidad personal por tus pecados, comprendiendo que, al hacerlo, tienes que aprender a depender de la gracia de Dios? ¿Y estás dispuesto a obedecer a Dios en todas las áreas de tu vida, por insignificante que parezca el asunto o la circunstancia?

Al proseguir con el tema, nos ocuparemos primordialmente de la santidad de Dios. Aquí es donde comienza la santidad, no con nosotros mismos, sino con Dios. Solo en la medida en que podemos ver la santidad de Dios, Su absoluta pureza y Su aborrecimiento moral contra el pecado, podemos comprender lo terrible que es pecar contra un Dios santo. Comprender este hecho es el primer paso para avanzar en búsqueda de la santidad.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
La búsqueda de la santidad.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!